

# Feminismos y desigualdades

## Los impactos del COVID-19 en las tareas de cuidado

Conversación con Florencia Partenio y Adriana Guzmán Arroyo  
Guillermina Peralta y Julia Burton (coordinadoras)





Feminismos y desigualdades: Los impactos del COVID-19 en las tareas de cuidado

## Colección Cuadernos

La Colección Cuadernos se nutre principalmente (aunque no de manera exclusiva) de trabajos de investigación que se encuentran en progreso en el marco del Proyecto de Unidad Ejecutora (PUE) «La (re)producción de las desigualdades en la Patagonia Norte. Un abordaje multidimensional», del Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS CONICET-UNCO).

La colección constituye —además de un espacio de publicación— un ámbito para la discusión de ideas sobre las múltiples dimensiones de la desigualdad, con un fuerte anclaje territorial en la Norpatagonia. Como una apuesta por la producción colectiva de conocimiento, los cuadernos que presentamos son resultado de la reflexión, sistematización y reescritura sobre una serie de conversatorios que están teniendo lugar al interior del IPEHCS —y también en articulación con otras instituciones— desde 2020. Ponemos al alcance de la sociedad esta primera serie de trabajos con el objetivo de que trasciendan el ámbito académico y encuentren su lugar en el debate público.

# **Feminismos y desigualdades:** **Los impactos del covid-19 en las tareas de cuidado**

*Conversación con Florencia Partenio y Adriana Guzmán Arroyo*

*Guillermina Peralta y Julia Burton (coordinadoras)*

Primera edición, 2025

---

Feminismos y desigualdades: los impactos del COVID-19 en las tareas de cuidado / Florencia Partenio ... [et al.]; Editado por Guillermina Peralta; Julia Burton. - 1a ed. - Neuquén : Topos, editorial del IPEHCS, 2025. Libro digital, PDF - (Cuadernos ; 11)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-631-91153-7-6

1. Feminismo. 2. Patriarcado. 3. Organización Comunitaria. I. Partenio, Florencia  
II. Peralta, Guillermina, ed. III. Burton, Julia, ed.  
CDD 320.5622

---

Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales  
Topos, editorial del IPEHCS  
Buenos Aires 1400 (Q8300IBX), Neuquén Capital, Patagonia argentina  
<https://ipehcs.conicet.gov.ar/>  
[ipehcs.topos.editorial@gmail.com](mailto:ipehcs.topos.editorial@gmail.com)

Dirección del IPEHCS: Verónica Trpin  
Vicedirección del IPEHCS: Juan Dukuen  
Coordinación científica del PUE: Joaquín Perren  
Edición: Jaime Bermúdez Vásquez  
Corrección de estilo y diagramación: Iara Sanabria y Camila Anahí Geloso  
(en el marco de la Pasantía Profesional en Instituciones Públicas u ONG,  
Carrera de Edición, FFYL-UBA)  
Diseño de tapa: Luciana Orlandi  
Fotografía de tapa: La Garganta Poderosa

#### Licencia Creative Commons

Usted es libre de:

Compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente esta obra bajo las condiciones de:

Atribución-NoComercial-CompartirIgual  
(CC-BY-NC-SA 4.0)



# Índice

- 7 **Presentación**  
GUILLERMINA PERALTA Y JULIA BURTON
- 13 **Feminismos y desigualdades**  
Los impactos del COVID-19 en las tareas de cuidado  
ADRIANA GUZMÁN ARROYO Y FLORA PARTENIO
- 43 **Referencias bibliográficas**
- 45 **Información de lxs autorxs**



# Presentación

Guillermina Peralta y Julia Burton

Este cuaderno reproduce los aportes del conversatorio *Feminismos y desigualdades. Los impactos del COVID-19 en las tareas de cuidado* que tuvo como invitadas expositoras a las activistas e intelectuales Flora Partenio y Adriana Guzmán Arroyo. Este evento inauguró el ciclo de 2022 de los conversatorios organizados en el marco del proyecto de unidad ejecutora (PUE) *La (re)producción de las desigualdades en la Patagonia Norte. Un abordaje multidimensional*, en el Instituto Patagónico de Humanidades y Ciencias Sociales. El mismo se realizó en el mes de marzo como parte de actividades vinculadas al Paro Internacional Feminista, que por séptimo año fue impulsado por el movimiento feminista, de mujeres y disidencias sexogenéricas de Argentina y de otros países.

El 8 de marzo de 2022, en diferentes ciudades del país, los feminismos se manifestaron en las calles con una multiplicidad de demandas. El principal lema que aglutinó las exigencias fue «La deuda es con nosotras y nosotres, ¡que la paguen los que la fugaron!». En este sentido, se articularon los reclamos del feminismo dentro de un marco más general de precarización de la vida y de endeudamiento con el Fondo Monetario Internacional (FMI). El gobierno macrista (2015-2019) contrajo la deuda más grande de la historia del país y, también, de la historia del FMI. Desde los feminismos se planteó que se investigue el destino de esos 44 000 millones de dólares que desembolsó el Fondo, que se desconozca el pago al FMI e incluso también se planteó que la deuda la paguen quienes fugaron el dinero y endeudaron a futuras generaciones por cien años. Paradójicamente, mientras se desarrollaba este conversatorio de manera virtual,

se debatía en el Congreso de la Nación el proyecto de ley que avalaba el refinanciamiento de la deuda contraída por Mauricio Macri. A partir de esto, pudimos conversar sobre la relación entre las deudas estatales y las deudas en la vida doméstica, y su relación con nuestras condiciones de vida, para cuidar y para reproducirnos en los próximos años.

Además de lo concerniente al endeudamiento, en el documento que se leyó en el Congreso de la Nación, en la ciudad de Buenos Aires, se exigió justicia por los femicidios y travesticidios, la aparición con vida de Tehuel de la Torre, que se garantice la aplicación de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en todo el territorio nacional, y que se haga efectiva la Educación Sexual Integral y el cupo laboral travesti-trans. Asimismo, se planteó la necesidad de una reforma judicial feminista, se denunciaron y repudiaron diferentes formas de violencia machista, de precarización laboral, se exigió mayor presupuesto para el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad y hubo pronunciamientos con relación al acceso a la tierra, a la vivienda y a la salud libre de discriminaciones. Esta amplitud e interconexión de las demandas permitió que el movimiento se expresara contra los extractivismos y la criminalización de la protesta y de la pobreza.

Entre las preocupaciones expresadas en el marco del paro del 8 de marzo, estuvo el avance de las derechas a nivel regional y nacional. En diferentes países de América Latina estaban a cargo del ejecutivo nacional gobiernos como el de Lacalle Pou, del Partido Nacional, en Uruguay; Guillermo Lasso, del Movimiento CREO, en Ecuador; Nayib Bukele en El Salvador y Jair Bolsonaro, del Partido Social Liberal, en Brasil. El debate con relación al avance de las derechas conservadoras interpela fuertemente a los feminismos, en principio, en dos aspectos centrales. Por un lado, los programas económicos que proponen los sectores de derecha profundizan las desigualdades sociales, lo cual afecta de manera singular a las mujeres. Por otro lado, buscar restaurar sentidos profundamente conservadores en relación con los derechos de las mujeres y disidencias sexogenéricas, por ejemplo, en contra de la educación sexual integral o del derecho a abortar.

## **Pandemia, cuidados y desigualdades: Lecturas desde los feminismos**

La irrupción de la pandemia por COVID-19 en marzo de 2020 nos mostró la esencialidad que tienen las tareas de cuidados en el sostenimiento de la vida cotidiana. La suspensión de diversas actividades productivas con el objetivo de cuidar la salud agudizó el deterioro de las condi-

ciones de vida de la población y redujo de manera importante los ingresos de gran parte de los hogares, sobre todo de aquellos sectores sociales que ya venían golpeados por la crisis económica resultado de las políticas de ajuste implementadas los años anteriores. Además, profundizó las desigualdades de género asociadas con los trabajos de cuidados.

Los aportes teóricos que se han hecho desde la economía feminista mostraron de qué manera ese trabajo contribuye sustancialmente a la reproducción de la vida y del sistema capitalista. Por ejemplo, Amaia Pérez Orozco (2022) advierte que se puede abordar a los cuidados desde dos vías. Por un lado, se habla de trabajos de cuidados para hacer referencia a los trabajos invisibilizados, que se realizan de manera gratuita o precaria y que, históricamente, han estado en manos de las mujeres. Estos trabajos son esenciales para sostener la vida dentro de un sistema que la ataca. La idea de cuidados está asociada a las de trabajo doméstico y trabajo reproductivo. Esta autora afirma que los cuidados son la *cara B* del sistema capitalista. Cuidar implica cocinar, lavar o atender a una bebé o a una anciana, pero no solo ello. Cuidar, también, puede ser cultivar la tierra para alimentarse, recolectar leña, limpiar ríos, arreglar una casa. «Los cuidados no se reducen a las tareas típicas de las amas de casa blancas, urbanas y de clase media. Son todo lo que necesitamos para que la vida funcione y no nos lo da el mercado ni el Estado. Son los trabajos imprescindibles para la continuidad de la red de la vida que se hacen más acá del mercado, más cerca de la vida» (Pérez Orozco, 2022).

Por otro lado, la otra manera de abordar los cuidados es mediante el planteo de que todas las personas necesitamos —todos los días de nuestra vida— cuidados. Cuidados, dice la autora, en clave de comunidad y territorio, en oposición a la mirada blanca, masculina, individual y meritocrática. «Cuidar es reconstruir el bienestar físico y emocional». La vida es algo que tejemos todos los días y la única forma de hacerlo es en comunidad, colectivamente con otras, otros y otras y también con el planeta que habitamos. Hay interdependencia, una red de cuidados que se torna desigual: quienes más cuidan, menos cuidados reciben y viceversa.

En tanto, Corina Rodríguez Enríquez (2016) refiere a la organización social de los cuidados como el modo en que producen y distribuyen el cuidado las familias, el Estado, el mercado y las organizaciones comunitarias. En los países de América Latina la distribución desigual del cuidado es un vector de reproducción de la desigualdad socioeconómica y de género ya que, mayoritariamente, los hogares son quienes se hacen cargo de los cuidados y, dentro de ellos, particularmente las mujeres.

Los cuidados, así concebidos y tal como se organizan hoy, configuran un entramado profundamente vinculado con las desigualdades de

género, clase y raza. A la par que se acentúan las crisis económicas y sociales del capitalismo, se profundizan las crisis de los cuidados. Esto genera importantes efectos en las comunidades y, particularmente, en las mujeres e identidades sexogenéricas disidentes.

Las reflexiones de Flora Partenio y Adriana Guzmán Arroyo en relación con esta temática brindan herramientas para profundizar los debates desde una mirada latinoamericana. Sus intervenciones nos invitan a reflexionar sobre el rol que tuvo el desarrollo de las plataformas digitales y de aplicaciones como modalidades de mantener o aumentar un ingreso económico; los impactos en la precarización laboral de las trabajadoras domésticas; la imposición de la modalidad *home office* en la modificación de las condiciones laborales; la explotación laboral que significa, para las mujeres, hacerse cargo de los cuidados y los impactos que tuvo en el pueblo boliviano el efecto combinado entre dictadura y pandemia, los ataques hacia las organizaciones políticas, el recrudescimiento de los discursos conservadores y de los grupos antiderechos.

## **Los feminismos como posibilidad de «poner la vida en el centro»**

Aún en un contexto adverso, como fue el de la pandemia, es posible identificar estrategias de resistencia y de prefiguración de alternativas ante la crisis de los cuidados.

Esta publicación tiene el objetivo de hacer circular aquellas ideas y ejes de discusión que se abordaron en el conversatorio. Tal como lo indica el tipo de actividad, se trató de una conversación. Un intercambio en el cual cada una de las entrevistadas articuló —a partir de su experiencia activista y teórica— ideas vinculadas con los cuidados, las desigualdades y la pandemia desde una perspectiva feminista. En este sentido, ofrecemos —y ponemos a circular en formato escrito— los planteos realizados en esa oportunidad por Adriana Guzmán Arroyo y Flora Partenio. Consideramos que la desgrabación de lo compartido posibilita un acceso de lectura sencilla y gran profundidad reflexiva. Esperamos que la circulación en formato escrito sea un aporte a los debates del campo académico y de los movimientos sociales, en particular del movimiento feminista.

Para finalizar esta breve introducción, no queremos dejar de mencionar que conversar y escribir sobre feminismos nos trae a la memoria a la querida Graciela Alonso. Graciela fue militante feminista, irreverente, fundadora de La Revuelta, docente de la Universidad Nacional del Comahue, investigadora, integrante de este instituto, entre tantas otras co-

sas. Graciela fue una gran maestra que con su activismo feminista abrió múltiples caminos en las calles, en las instituciones educativas y en los sindicatos con una profunda y tenaz convicción y compromiso que nos sigue conmoviendo.



# Feminismos y desigualdades

## Los impactos del covid-19 en las tareas de cuidado

*Adriana Guzmán Arroyo y Flora Partenio*

**Adriana Guzmán Arroyo:** «Aski jayp'ukipanaya kullakanaka jilatanaka jaqinaka». Buenas tardes, hermanas, hermanxs, compañeras, compañeros, compañerxs. Creo que es importante discutir, aunque ya son dos años de esta pandemia y siglos de estas desigualdades, sobre las desigualdades que se han profundizado durante esto que se ha llamado *pandemia*, que también podría llamarse un *reciclamiento del sistema*. Un tiempo que se ha dado el sistema para profundizarse, reciclarse y perfeccionarse. Eso es, por lo menos, lo que sentimos, porque no podemos desligar lo que ha sido una pandemia a partir del COVID-19 ligada a los procesos sociales y políticos de distintos territorios: golpes de Estado, atentados contra las organizaciones, profundización de los grupos antiderechos, de los discursos conservadores. De ese discurso que hoy, en Guatemala, está planteando acabar con todos los derechos posibles de las mujeres, de las diversidades sexuales. Entonces, ese también ha sido, creemos, un objetivo de esta pandemia. Por supuesto profundiza las desigualdades y, por supuesto, tiene que ver con eso que se ha denominado trabajos del cuidado.

Quisiera partir planteando algunas ideas de lo que nosotras, como parte del feminismo comunitario antipatriarcal, hemos llamado la lucha en el territorio de las palabras. Nos parece importante seguir hablando del trabajo impago de las mujeres. La idea de los trabajos de cuidado hace más bonito algo que es una denuncia de explotación. Si vamos a hablar finalmente de la crianza, tanto de las wawas, la naturaleza, las, los, lxs adultxs

mayores, estamos hablando de responsabilidad comunitaria. Sin embargo, en un sistema patriarcal, machista, colonialista y racista, el trabajo sigue siendo para nosotras el trabajo impago que hacemos las mujeres. Porque somos las mujeres quienes hacemos ese trabajo en nombre del —mal llamado— *amor*. Quienes hacen ese trabajo —precarizado, asalariado, pero con una infravaloración— también son las mujeres: las mujeres indígenas, las mujeres migrantes del campo hacia la ciudad, las mujeres migrantes desde Aby Yala hacia Europa.

Al hablar de trabajo de cuidados desaparece quién hace ese trabajo. Es demasiado abstracto. Esa es una cosa que nos parece importante cuestionar respecto de los trabajos del cuidado: que pueda invisibilizar el trabajo que hacemos las mujeres y los cuerpos feminizados. Y por otro lado que con esta invisibilización pueda acabar con la indignación, porque, entonces, hay teorías muy lindas sobre el trabajo del cuidado, pero esto es una explotación. No es posible acabar con el patriarcado, transformar el mundo, si no nos hacemos responsables comunitariamente de ese trabajo y de esa crianza. Otra cosa que nos parece importante —que lo hemos discutido un poco aquí— es la relación de este trabajo del hogar con el patriarcado. Cómo el patriarcado necesita que se reproduzca este trabajo del hogar, que se reproduzca esta explotación sobre las mujeres, cómo los Estados legitiman esa explotación y cómo se invisibiliza muchas veces dentro de los espacios de lucha y de los movimientos sociales.

Durante la pandemia se ha profundizado ese trabajo de explotación fundamentalmente para las mujeres y para los cuerpos feminizados: la doble carga, la triple jornada. Por ejemplo, en la cuarentena rígida que ha habido aquí, quedándote más tiempo en la casa resulta que son más las actividades, las demandas, la demanda dentro de la crianza. Y nuevamente nos convoca esta discusión de si queremos solamente paternidades o maternidades responsables, o realmente queremos convocarnos a esta crianza comunitaria, a esta responsabilidad que tiene que tener el mundo con la vida.

Por otro lado, en esa profundización de estas tareas, que son también de explotación, y son de explotación porque finalmente producen riqueza y esa riqueza ha seguido alimentando a los grandes capitales, a las fábricas; porque en la cuarentena rígida las mujeres hemos tenido más trabajo dentro de la casa, pero las mineras, las transnacionales —lo saben ustedes ahí en el Puelmapu— no han parado. Ellos no han tenido cuarentena rígida, por eso los mayores índices de mortalidad por la pandemia han estado en estos lugares donde la industria, el patriarcado capitalista no ha dejado que lxs trabajadorxs paren su trabajo. Entonces este trabajo que se hace en el hogar es para seguir mandando fuerza de trabajo al capital, para seguir sosteniendo el capital.

Nos parece un discurso que ha reciclado el sistema, este de la cuarentena rígida, del cuidado, del quédate en casa. Para empezar, se han quedado en casa los que tenían casa. Se han quedado en casa los que tenían las posibilidades. La mayor parte de las mujeres, aquí en Bolivia —donde se ha cruzado, además, con lo que hemos llamado el golpe con pandemia— hemos salido un día a vender panes, otro día a vender empanadas, y otro día a vender barbijos, alcohol y lo que fuera. No era posible quedarse en casa a pesar del control militar.

Por otra parte, este trabajo del hogar sostiene al capitalismo, pero no es el punto central dentro de las revoluciones y no es el punto central dentro del vivir bien ni siquiera de los pueblos. También nos hacemos esa autocrítica: cuando hablamos de *vivir bien*, no se discute ahí quién va a criar en ese vivir bien, o cómo nos vamos a hacer responsables de la vida en ese vivir bien. Ese creo que es un punto también a pensar. Nuestra experiencia ha sido que esta pandemia en unos lugares ha profundizado el individualismo, en otros lugares ha profundizado la comunidad, la autonomía, la autoorganización. Y no solo en el área rural, donde las comunidades hemos logrado organizarnos, sino en los barrios, donde han logrado mirar quién vivía al lado, saber quién era la vecina, la vecinix, pasarle un poco de arroz, mate, yerba. Esto creo que ha sido importante también. Si bien se han profundizado formas de explotación, creo que también se han profundizado estas posibilidades de autoorganización, de autonomía frente a este sistema. Es una decisión política si profundizó el individualismo, o si realmente nos autoorganizamos aquí, en el barrio, para que todas las personas podamos comer a pesar de la crisis.

Creo que esto nos hace pensar también en la recuperación del tiempo: el tiempo capitalista que nos explota más de las ocho horas por las cuales han luchado en distintos territorios —e incluso han muerto—, que ahora pueden ser veinte, con la virtualidad pueden ser veinticuatro. Ese es el tiempo que nos explota el capitalismo, pero el poder quedarnos en la comunidad, el poder quedarnos en la casa y no salir a esta explotación capitalista también nos plantea la posibilidad de recuperar ese tiempo para la crianza, muchos lo han recuperado para su autocuidado, dirían otros feminismos, para nosotras también ha sido la posibilidad de recuperar el tiempo para la autoorganización y para la autonomía.

Dos cosas importantes también para mencionar: el rol del Estado y el rol de la academia, ya que estamos aquí, dialogando en un instituto de investigación. Por un lado, el Estado lo que ha hecho frente a esta pandemia: la profundización de las desigualdades; la profundización del sistema patriarcal en todas sus dimensiones: capitalista, extractivista; la profundización de la violencia, los feminicidios con más crueldad, infanti-

cidios, violaciones múltiples, violaciones colectivas. Estas son las señales de la profundización del sistema. Frente a eso, no solamente el Estado boliviano, yo creo que los Estados en el mundo han mostrado su incapacidad. Para empezar, ningún Estado ha podido responder a la llamada pandemia, ningún sistema de salud, ni en Europa, ni en la Argentina, ni en Chile, ni en ningún lado han podido responder a la demanda de salud que había frente al COVID. Han dejado que la gente se muera, obviamente la gente empobrecida, la gente migrante, la gente de los pueblos indígenas. Entonces, frente a esta profundización económica también han mostrado su incapacidad en la reactivación económica. Creo que después de este tiempo de pandemia patriarcal, una de las conclusiones es que el Estado es incapaz de resolver los problemas que necesitamos que se resuelvan.

El Estado obviamente administra el sistema, entonces no va a acabar con el sistema, pero ni siquiera puede administrarlo bien, esa es la conclusión para nosotras. Ni siquiera un Estado plurinacional como el que hemos construido en Bolivia ha sido capaz de responder. ¿Qué nos ha permitido salir vivas de esta pandemia patriarcal y de COVID? La medicina ancestral, la autoorganización, el poder haber hecho circular la comida, esto que hemos llamado *solo el pueblo salva al pueblo y solo nosotras nos salvamos a nosotras*. Porque ese teléfono de la violencia no contesta, al Estado no le importa. Ningún Estado ha hecho planes de emergencia pos-COVID frente a los feminicidios. Entonces, el rol del Estado ha sido inexistente, incapaz, ha mostrado todas sus limitaciones en términos culturales, políticos, educativos. Yo creo que decir que la virtualidad es difícil es justificar algo injustificable, el Estado es una estructura que debería tener la posibilidad de responder a este tipo de pandemia, en términos de conocimiento, en términos de herramientas, de propuestas, de política pública, de planes de emergencia; ha demostrado, en el mundo, su incapacidad. Y eso, a la vez, es algo que nos cuestiona, pero también que nos da esperanza porque entonces frente a eso estamos los pueblos, las organizaciones y la capacidad de autonomía y de autodeterminación.

El otro rol del que hablaba es el de la academia. Nosotros siempre hemos pensado en la importancia de una academia útil para la lucha de los pueblos. Pero, frente a semejante pandemia ni siquiera en el área científica se han podido producir los conocimientos suficientes para que la vacuna no sea un negocio, para que haya alguna forma alternativa a la industria farmacéutica; en el área social, para que haya una alternativa frente a los feminicidios, infanticidios. Más bien, lo que yo veo o siento —por lo menos aquí, no puedo hablar de otros territorios— es la profundización del individualismo. Puedes ocupar tu tiempo en hacer más diplomados, doctorados y maestrías. En hacer tu carrera individualista: «no importa que el

mundo se esté cayendo, bueno, voy a concentrarme en mí, aunque cuando salga no haya un mundo en el que pueda existir». Y creo que esa es una lógica de la academia, una lógica funcional al sistema patriarcal.

La virtualidad no necesariamente implicaba romper nuestras relaciones con el mundo, pero lo que han hecho es eso, se nos rompen nuestras relaciones, incluso afectivas, sexuales. Eso lo vería como uno de los principales riesgos, más allá de la academia misma, que nos deja esta pandemia: la negación a hacer comunidad, la negación a relacionarnos y hacernos responsables de la vida y del bienestar de las otras y de lxs otrxs. Hasta ahí podría compartir para empezar, hermanas, compañeras.

**Flora Partenio:** Me gustaría comenzar compartiendo la trastienda de este encuentro que hace mucho que se viene preparando. Me acuerdo de que nos encontramos todas en Neuquén, en unas jornadas de Historia de las Mujeres donde habían organizado una actividad Verónica Trpin con Graciela Alonso, que justamente era en torno a pensar el trabajo y la economía que nosotras hacemos todos los días. La verdad que recordarla a Graciela para mí es muy emocionante porque se la extraña y porque fue una de las feministas que logró expandir y extender el feminismo en la Patagonia argentina con pasión y con amor. Además, porque sus trabajos sobre el protagonismo de las mujeres en luchas frente al extractivismo también eran estudios y análisis hechos justamente junto a las compañeras, que hablaban de las formas de resistencia y las formas de cuidado frente al avance del extractivismo. En ese sentido son dinámicas que se han profundizado. Ustedes, en la convocatoria de este encuentro, decían: cuáles son las desigualdades y cuáles son las dinámicas que se profundizaron en la pandemia. Bueno, claramente, las dinámicas extractivistas. La Patagonia bien lo sabe, pero también los diferentes países de la región. Entramos en cuarentena o en confinamiento las personas, pero los megaproyectos no entraron en cuarentena. Así que traer la memoria de Graciela y también poder seguir juntándonos es un modo de volver a recordarla.

Recupero dos puntos de los que mencionaba Adriana, justamente para tejer este diálogo virtual, esperemos que la próxima vez podamos vernos físicamente. Ella dijo dos cosas que a mí me parecieron centrales en este momento de pensar marzo, pensar un marzo feminista, pensar que venimos del paro, de las movilizaciones y de las diferentes actividades que compañeras y compañerxs pudieron hacer, a pesar de que no pudieron parar por sus condiciones laborales. No todas, ni todos, ni todxs pudieron hacer paro. Pero ella se preguntó en un momento ¿cuál es el punto de la revolución? Hay que volver a pensar cuáles son los puntos de la revolución. Y otra palabra que también estuvo presente es la cuestión

de la explotación. Estas formas de explotación siguen; se reconfiguran; reaparecen bajo otras dinámicas, o persisten las históricas, las ancestrales, las que tienen dinámicas coloniales o neocoloniales.

Yo pensaba, mientras preparaba este diálogo, qué nos dejó la pandemia para pensar las desigualdades en torno a la distribución de los cuidados. En principio, nos dejó una especie de avance de una reforma laboral sin discusión de reforma, sin pasar por el Congreso. Se expandieron en toda América Latina y, particularmente, en Argentina dinámicas de precarización y formas justamente de explotación que profundizaron lo que había antes de la pandemia. Esto vino a profundizar y a expandirlas cada vez más. Y en ese sentido, si miramos otros países de América Latina, si miramos Brasil, si miramos lo que está pasando en Uruguay con el sistema integral de cuidados —compañeras feministas lucharon durante años para construir un sistema integral de cuidados— que hoy se ve seriamente amenazado por las políticas de la derecha, que también durante la pandemia se profundizaron las políticas antiderechos y la llegada de gobiernos de derecha al poder. Y esto también pone en tensión todo el tiempo nuestra agenda feminista en los diferentes territorios de Abya Yala, porque justamente no hay descanso en esto, porque mientras muchos de los territorios entraban en etapas de confinamiento hubo dinámicas que profundizaron estas expresiones.

Creo que el tema de vincular los derechos laborales, o la ausencia de derechos laborales, con la discusión sobre las políticas de cuidado es central. Básicamente porque —el mayor retroceso que hemos visto durante la pandemia— en muchos países de Abya Yala la pandemia no terminó. Brasil hoy es un genocidio y eso debemos pensarlo porque mientras avanzaba el descuido sobre la población y la falta de políticas de salud avanzaban las dinámicas de reforma laboral. La cuestión del retroceso en materia de derechos laborales es central para pensarlo.

Voy a puntualizar algunas cuestiones sobre Argentina. En estos dos años, en los que pasamos por diferentes momentos de restricción a la circulación y reapertura, tuvimos una expansión inusitada de lo que se llama comercio electrónico que de alguna manera entra un poco en diálogo con lo que decía recién Adriana. La virtualidad se expandió en las relaciones comerciales, financieras, económicas, laborales, educativas y sociales. O sea, esta virtualidad que en algunos casos permitió conectar personas, pero en otros casos también mostró lo que ya sabemos: las brechas digitales que ya existían. Particularmente, en términos del comercio electrónico creo que Argentina es un caso interesante para analizar, Mercado Libre concentra el 70 % del comercio electrónico. Frente a eso, una agenda digital —una agenda de derechos digitales, una agenda feminista en torno

a las discusiones sobre la expansión de la virtualidad, la expansión del comercio electrónico y de la economía digital como algo más integral— es algo que debemos profundizar y debemos seguir tejiendo en diálogo con organizaciones sindicales, con organizaciones de diferentes sectores de actividad y con las organizaciones feministas.

Mientras los niveles de empleo retrocedían y aumentaban los niveles de informalidad en el caso de las mujeres y colectivos LGBTI, aumentaban el desempleo, la informalidad y el trabajo no registrado. Se presentan oportunidades de generación de ingresos, no les llamo oportunidades laborales porque acá, claramente, en el sector de plataformas digitales, el empleador aparece totalmente borrado, no aparece un rol de empleador. Se expandían, justamente, estas plataformas que ofrecen trabajo bajo demanda, o bien servicios vía web. Una salida que, para muchas mujeres, fue una posibilidad: la venta *online*. Como no podían salir a ferias, como no podían salir a vender en puestos o en otras dinámicas comerciales de comercios minoristas, la venta *online* era una posibilidad. Estas oportunidades de generación de ingresos aparecen justamente como el *lado B* de una ausencia total de políticas que piensen el empleo en sí. Y, por supuesto, cuando hablamos de empleo pensamos en el cuidado, claramente para pensar producción y reproducción de manera conjunta.

Creo que, en la pandemia, con esta expansión de la dinámica del comercio electrónico, hay preguntas que ya nos hicimos dentro de los feminismos y lo traía recién Adriana: ¿Cuál es el lugar del trabajo de cuidados? ¿Quiénes se ven explotadas por ese trabajo no pago? ¿Quiénes sostienen esos hogares? Estas preguntas vuelven porque, justamente, en la dinámica de las plataformas digitales el algoritmo no reconoce género, no reconoce que del otro lado hay una trabajadora que no va a responder porque tiene que cuidar unas horas al día a su hija, o tiene que salir a hacer tareas que después implican sostener el hogar. Al analizar estas plataformas, la discusión de la reproducción de la vida cobra nuevas aristas, justamente, para pensar qué agenda tenemos frente a esto y cuál es la ausencia total de regulaciones que le permitió a muchas plataformas crecer y multiplicarse en la pandemia sin control. Y esta cuestión, en América Latina, está hermanada porque en Quito, en Río de Janeiro, en Santiago de Chile, en Buenos Aires y en otras ciudades de Argentina, las plataformas digitales circulan sin ningún tipo de regulación fiscal, laboral ni hablar.

Durante el momento de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires logró introducir una reforma que, por ejemplo, permitió incrementar las ganancias en las plataformas de *delivery* —que son una de las plataformas posibles— y, por otro lado, correr del centro el rol de estas plataformas como empleadores, como responsables

en materia de garantizar derechos laborales. En este sentido, ¿dónde están las trabajadoras que no son nombradas así y no son reconocidas como tales en estas plataformas? y ¿cómo, en la opción o la posibilidad de generar ingresos a partir de estas plataformas, se desdibuja y se borra totalmente la importancia de lo que implica cuidar y trabajar al mismo tiempo?

Algunas de esas plataformas son las que se enfocan en servicios, pueden ser servicios profesionales, servicios *online*, con un enorme arco de posibilidades. Desde compañeras que hacen tareas de comunicación, diseño, tareas educativas, hasta quienes trabajaban antes de la pandemia fuera de sus casas en sectores financieros, bancarios, administrativos y ahora realizan esos trabajos de servicio desde sus hogares. Esas plataformas abren una posibilidad de intermediar y de ofrecer una cartera de clientes y, en esa cartera de clientes, estás vos, está un varón sin hijos y está alguien que tiene otra posición económica. No hay una distinción en esa oferta, pero la plataforma te habilita esa cartera de clientes. La otra posibilidad es la venta *online*, y aquí es de donde traigo el ejemplo de Mercado Libre. Lo nombro porque tiene una presencia muy fuerte en diferentes países, particularmente en Argentina. Nace acá, pero, al mismo tiempo, es una plataforma de venta *online*, pero es un gran ecosistema y ese ecosistema no solamente está apareciendo como la posibilidad de ofrecer un lugar donde vender, usuarios y consumidores, no aparece nunca el lugar de trabajadores, sino que también aparece como una plataforma que ofrece créditos, que ofrece posibilidades de pago y posibilidades de endeudarse también, por supuesto. Y la tercera es la que yo llamo plataformas bajo demanda. Acá vamos a encontrar las plataformas que vimos durante la etapa más cerrada del ASPO y de otras etapas de confinamiento en otros países de la región, que son las de *delivery* de transporte, sea de pasajeros, sea pedalear todo el día en la calle para entregar una hamburguesa. En esta modalidad, el poder corporativo está totalmente desembarcando en la cooptación de lo que, en Argentina, se llama servicios de cuidado o de trabajo de casas particulares. En otros países se llama empleo doméstico, empleo remunerado, trabajo del hogar. Estas plataformas crecieron muchísimo en la pandemia, particularmente en el servicio de cuidados a adultos mayores, porque fue algo de lo que más entró en crisis durante la pandemia: ¿quién cuida a los mayores cuando sus familiares no pueden trasladarse? Y estas plataformas aparecen como aplicaciones que se descargan en los celulares y que permiten claramente contratar a una persona. Están presentes desde México hasta Argentina. Tenían un desarrollo previo a la pandemia, lo que pasa es que durante la pandemia se expandieron cada vez más.

En el caso del trabajo de casas particulares es muy llamativo que las empresas de plataforma aparecen con una promesa de futuro de re-

gistración: «bueno, a partir de darte de alta en la aplicación vas a poder conseguir un empleo y en breve seguro te van a registrar». Sabemos que en Argentina uno de los corazones más resistentes a ser registrados es el trabajo de casas particulares y, durante la pandemia, el trabajo de hogar remunerado fue el que más padeció los impactos de desempleo, caída total de ingresos y, al mismo tiempo, lo que vimos es cómo fallaron todas las políticas de registración, cualquiera de ellas. Lo que mostró fue un estado total de exclusión del empleo protegido.

Estas aplicaciones aparecen como intermediarias. En el caso del trabajo de casas particulares hay una plataforma muy conocida, pero se han creado muchas más durante la pandemia. A mí, particularmente, me preocupa una que en la Argentina está teniendo una presencia creciente, en la que quienes administran la plataforma son referentes expertos del mundo de las neurociencias —y son quienes ahora van a certificar a la buena cuidadora, quienes van a calificar el desempeño de las cuidadoras domiciliarias—; sabemos también que tenemos una deuda tremenda con la regulación del trabajo de cuidados domiciliarios, la falta de reconocimiento en las categorías laborales cuando, justamente, tienen que reconocer, como cuidadora, el tipo de trabajo, la remuneración y el cobro.

Lo que se mencionaba en la apertura de este conversatorio: ¿Cómo pensar los impactos de la deuda en los países endeudados? Pienso en el caso de Argentina, pero también pienso en el caso de Ecuador, uno de los países donde más se expandieron estas modalidades de plataforma, donde las compañeras y los compañeros migrantes encuentran una posibilidad de ingresos, pero están en un estado de total desprotección. Ecuador y la Argentina en 2018 volvieron al FMI, entonces, es central pensar los efectos de la deuda en la macro y, al mismo tiempo, pensar cómo en la vida cotidiana eso tiene impactos en las posibilidades laborales y en las condiciones en las que se lleva adelante el cuidado. En este caso, estas plataformas que menciono están presentes en Chile, en Colombia, en México, en Quito, en Buenos Aires —tendríamos que ver en detalle en Bolivia—. Enlazan justamente la posibilidad de un empleo; aparecen como intermediarias tanto en el sector de servicios de cuidado como en el del trabajo doméstico remunerado y van enlazando, en articulación con bancos privados, la posibilidad de la inclusión bancaria, la inclusión crediticia y el endeudamiento a partir de la inclusión laboral. Esto es: a partir de que empezás a trabajar en la plataforma tenés la posibilidad de tener una cuenta bancaria, esa cuenta bancaria te da acceso a créditos que proveen las mismas plataformas articuladas con bancos, por ejemplo, el Banco Francés, el banco Bilbao Vizcaya, para decirlo, pero otros bancos también privados. Y eso te da la posibilidad —y aparece como el gran logro de estas

plataformas— de lograr la inclusión financiera de las mujeres. Discurso que hemos desarmado y desarticulado en tantísimos foros y en tantísimos encuentros, justamente diciendo: «no queremos que nos den microcréditos, no queremos que nos den el acceso a esas finanzas, porque eso no es ninguna salida ni ninguna revolución».

Estas dinámicas —que ya estaban presentes antes de la pandemia—, durante la pandemia se profundizaron. En el caso de Argentina, me parece preocupante que el sector de los cuidados sea totalmente cooptado por fundaciones que pregonan la neurociencia y que, al mismo tiempo, son referentes políticos de partidos de derecha que hoy por hoy han llegado al Congreso. Entonces, hay un andamiaje que se va articulando, donde discutir de cuidados es mucho más que discutir si la licencia laboral la extendemos, si la brecha salarial se salda con tal o cual política, sino dar una discusión que permita poner todos estos elementos en danza y ver también cómo estas lógicas de explotación están presentes en otros países de la región. En el caso que mencionaba, el de Quito, hay dos compañeras que han hecho trabajos valiosísimos —compañeras feministas de Quito, Belén Valencia y Kruskaya Hidalgo— que, justamente, analizaron lo que significó pedalear durante la pandemia en estas plataformas y ver cómo se expandían estas dinámicas. Me quedo por aquí para continuar el hilo del diálogo y las intervenciones. Gracias.

**Adriana Guzmán Arroyo:** Yo creo que esto nos muestra las diferentes realidades entre las áreas urbanas y las áreas rurales o comunitarias. Estas plataformas han profundizado la precarización, la explotación laboral, principalmente, en las ciudades. De todas formas, la exclusión, la desigualdad se ha profundizado, por ejemplo, en todo lo que ha significado el sistema educativo, cuando las niñas y niñxs no han podido acceder a la educación que se ha planteado en términos virtuales. En el caso de Bolivia se han planteado clases virtuales cuando no hay señal en todas las comunidades, cuando no todas las niñeces ni las familias tienen un dispositivo para acercarse tecnológicamente a la educación —o a lo que fuera, a la vida, porque ahora la vida pasa por ese dispositivo—, entonces ahí se profundizan las desigualdades. Además, considerando que Bolivia es un Estado plurinacional, que hablamos de descolonización, de despatriarcalización y que podríamos pensar en otras formas tecnológicas de haber enfrentado la educación.

Toda esta explotación de las plataformas que mencionaba Flora, yo creo que se ha construido sobre una base, pues ha habido condiciones y las condiciones no las ha planteado la pandemia. Las condiciones estaban previamente en la profundización de un sistema capitalista neoliberal, en

todo lo que ha significado la liberalización del mercado, del trabajo, todos estos vacíos en los derechos laborales, en la legislación laboral, este vacío histórico sobre la legislación del trabajo del hogar, del trabajo asalariado del hogar, o trabajo de cuidado, como decía Flora, que nunca ha estado legislado. En el caso de Bolivia, hay una ley para las trabajadoras del hogar, una ley que se incumple sistemáticamente. Las trabajadoras del hogar no tienen jubilación a pesar de que la ley existe y a pesar de que nuestra primera ministra de justicia ha sido una trabajadora del hogar. Finalmente, las patronas —porque empleadoras serían si cumplieran con la ley— buscan las formas de evitar esta jubilación, el seguro, obra social creo que le llaman ustedes en la Argentina. Eso doble o triple cuando se trata de mujeres migrantes que están trabajando en la Argentina, en España o en Estados Unidos, que son mujeres indígenas. Entonces, sobre toda esta naturalización de la explotación, por supuesto puede venir una plataforma y decirte: «bájate la aplicación y vas a ser una triunfadora».

Todo este sentido común que ya se había construido, un sentido común patriarcal, que se ha construido sobre que las mujeres podemos hacer cualquier trabajo de explotación, desde la venta de productos Natura y no sé qué otros, que te hacen creer que realmente vas a poder vivir con eso y después te ponen en la central de riesgos cuando debes \$ 100. Entonces, yo creo que, en estas bases —en estas condiciones culturales, políticas, sociales y de legislación jurídica, en estos vacíos que han generado los Estados y que le dan espacio entonces al sistema patriarcal—, han sido posibles todas estas aplicaciones, todas estas formas de explotación y de trabajos por Internet y, también, de estas exclusiones de la tecnología a las wawas y, principalmente, a las mujeres. Otra vez, porque en el mundo quienes menos han logrado alfabetizarse en los idiomas hegemónicos —como son el castellano u otros— son las mujeres. Y las que se han alfabetizado menos en la tecnología vuelven a ser las mujeres y, doblemente, las mujeres indígenas.

Se trata de una exclusión terrible que hasta ahora persiste en el sistema de justicia. No sé cómo estará en la Argentina, me imagino que similar, en el sistema de justicia en Bolivia hace poco han aprobado una digitalización total. Entonces, una mujer que vive violencia puede hacer un seguimiento por Internet, cuando no tiene teléfono, no tienen nada para conectarse con el mundo porque, justamente, la violencia ha hecho que no tengas acceso a nada de eso. No tienes para comer, entonces cómo vas a hacer seguimiento virtual. En el caso de Bolivia, y en muchos países, los juzgados están cerrados hace más de dos años porque atienden virtualmente, porque las audiencias son virtuales, porque entonces el juez puede decidir apagarte el micrófono y no le importa tu testimonio. La virtualidad

ha profundizado todas esas formas de opresión, de desigualdades que todas están relacionadas. Yo creo que esa es una necesidad que tenemos como feminismos, pensarnos en esta interrelación porque después están quienes discuten sobre la explotación laboral, otras sobre el aborto y otras sobre la defensa del territorio, como si estuviera dividido. Posiblemente en Europa se pueda pelear así, los derechos de forma dividida, porque tienen gran parte de los derechos, o una parte de los derechos, garantizados por la explotación y el saqueo que siguen sosteniendo de nuestros pueblos. En cambio, en estos territorios no.

Creo que una de las cosas que nos deja para pensar esta pandemia, y esta profundización del sistema, es cómo respondemos como feminismos cuando esta idea del «se va a caer» o «lo vamos a tumbar» [al patriarcado], no alcanza. Aquí, en Bolivia y en muchos territorios, yo he visto una marcha importante, con mucha fuerza, pero con mucha desesperación, con la certeza de que al Estado no le interesa ni mejorar los derechos laborales, ni incorporar a las mujeres a fuentes laborales, ni acabar con la violencia. Entonces, yo creo que hay varias cosas que pensar desde los feminismos, varias propuestas que hacer frente a estas formas de explotación y de opresión que se han profundizado, frente a esta virtualidad, la violencia que se ha profundizado con esta virtualidad, el acoso, la violencia cibernética.

En el caso de las escuelas que han accedido a la educación virtual, las formas de acoso y de violencia, de pornografía, se han profundizado y cada vez en edades [más bajas]: niños de diez años compartiendo fotos de sus compañeras con cuerpos editados, maestros y maestras sin posibilidad de entender siquiera cómo se habían editado y puesto a circular, o vendido, estas fotografías. La institucionalidad del Estado, igual, sin ninguna normativa para saber qué se hace en estos casos en los que se cometen estos delitos —porque, aunque lo cometa alguien de once años, es un delito—. Ahora, cómo se trabaja el delito es otra cosa. Esto también ha generado la pandemia, la virtualidad y esta profundización del sistema.

**Flora Partenio:** Retomo también pensando en lo que recién compartía Adriana y sí, acá hay una cuestión central que es pensar esas diferencias entre escenarios más rurales o semirurales y la impronta de la dinámica en la ciudad, o en los espacios más urbanos. Justamente, es necesario pensar la dinámica de los cuidados en esa diferencia de territorio para ver cómo se la va a enfrentar. También me queda de lo que decía Adriana, venimos del 8M y lo central de pensar nuestras resistencias y qué agenda estamos construyendo de cara a lo que muchas y muchos llaman pospandemia. Si hablamos con nuestras compas de Brasil te van a decir «acá la pandemia

no terminó, estamos todavía en la peor etapa del bolsonarismo y del genocidio en el marco de la pandemia». Pero discutir esta dinámica de la pospandemia o lo que algunos llamaron *nueva normalidad*, que para mí es un término muy problemático.

Me parece que una discusión central para llevar desde los feminismos y con las compañeras de feministas Abya Yala que tanto han llevado estas temáticas a los encuentros nacionales y plurinacionales de mujeres, es pensar cómo entra la agenda de los cuidados en la llamada agenda de la recuperación económica. Acá en Argentina, de este lado de la región, la recuperación económica está un poco candente porque justamente la negociación con el FMI está atada a cuáles son las condicionalidades que se piden o no y, en tal caso, cuánto va a crecer la Argentina en términos de recuperarse económicamente para poder asumir los compromisos crediticios porque, en definitiva, siempre terminamos pagando. Creo que hay varias aristas para pensar en el caso de Argentina, pero que podemos pensar cómo se está dando esta discusión en los otros países y es que la recuperación económica tiene que ser una recuperación económica que piense, justamente, la sostenibilidad de la vida si no, no es recuperación económica.

La sostenibilidad de la vida no como un eslogan, no nos van a salvar los eslóganes, ni tampoco las remeras, sino cómo discutimos esto, sobre todo en la Argentina, cuando la agenda está discutiendo, por ejemplo, el acceso a la energía, las tarifas de los servicios, lo que pagamos todos los meses de luz. Esta sí es una discusión que, a nivel federal, tiene un montón de aristas muy diferenciadas por lo que pagan los diferentes sectores de la población con respecto al acceso, básicamente, a electricidad y gas. Y acá también hay una discusión sobre los cuidados. Porque la pobreza de tiempo de las compañeras, de las trabajadoras, de las mujeres y de los cuerpos feminizados con respecto a los cuidados, a garantizar los cuidados, tiene que ver también con el acceso a la energía. No solamente con las tarifas que pagamos y cuánto nos sale la luz, sino también con las condiciones en las cuales se accede a los servicios energéticos, básicamente, me refiero a electricidad y gas, pero también al acceso al agua.

En el contexto en el que estamos sobre la discusión del FMI, hay una discusión en torno a las tarifas y los subsidios. Para mí, esa discusión hay que ensancharla. Hay que discutir la verdadera soberanía energética, porque eso nos lleva a discutir el modelo o las dinámicas extractivistas sobre los territorios; y nos lleva, en la micro, a las discusiones en torno a la pobreza del tiempo, a garantizar los cuidados y lo que implica garantizarlos en cada uno de los hogares, según la cantidad de hijxs, la cantidad de integrantes de la familia, si hay un adulto mayor a cargo. Esas diná-

micas que permiten todos los días las *precondiciones* del cuidado están totalmente atadas a dinámicas de pobreza de tiempo, porque cuanto más tiempo destinás para acarrear la garrafa, dónde la conseguís, cuánto te cuesta, pero al mismo tiempo lo que implica sostener un hogar.

Hay una discusión ahí sobre el acceso a los servicios, a los suministros básicos, que incluso durante la pandemia algunos gobiernos dijeron: «no se pueden cortar, no se pueden interrumpir» y las empresas fueron a fondo y en algunos casos los cortaron. Los servicios no fueron esenciales y muchas familias se quedaron sin luz, sin gas. Una situación similar sucedió con el acceso a la vivienda. La pandemia permitió abrir un paréntesis que era: «no va a haber desalojos, se postergan los aumentos, hay una especie de moratoria». Todo eso finalizó a principios del 2021 y ahora nos encontramos nuevamente con una situación de crisis en términos del acceso a la vivienda de alquiler; eso también es discutir cuidados, porque es discutir dónde dormimos todos los días.

Esta agenda de la recuperación económica no puede desarticularse de estas patas que son fundamentales para pensar cómo vivimos todos los días, dónde dormimos, cómo comemos, cómo nos bañamos y cómo prendemos la luz. Creo que hay una discusión sobre los cuidados que no es exactamente solo pensar quién hace qué cosa, sino cómo la hacemos y bajo qué condiciones. Y discutir esto en la macro es discutir la recuperación económica del país. En el caso de los países europeos, los paquetes de recuperación económica ya dejaron afuera la justicia climática y la recuperación de políticas de protección social ¿Qué va a pasar en países como los nuestros? Es también un escenario en disputa y creo que ahí, nosotras y nosotrxs, con todas las luchas que venimos dando, tenemos muchísimo para aportar, para discutir y para interpelar.

**Intervención del público:** ¿Qué puntos conformarían esta agenda feminista en el marco de un capitalismo de plataformas que con la pandemia no hizo más que reforzarse, incrementar su radio de acción?

**Flora Partenio:** Creo que en el caso de la expansión de un capitalismo de plataformas vuelve a poner, una vez más, justamente la escena del conflicto capital-vida. La expansión al extremo de las dinámicas de explotación en estas plataformas bajo demanda —en las que el caso de *delivery* fue uno de los más visibles en centros urbanos, aunque no el único— grafica muy claramente el conflicto capital-vida porque la extensión de estas modalidades laborales, que no son reconocidas como trabajo, se hizo a costa de la propia salud de las y los trabajadores. En particular, en los países que mencioné de la región con un alto porcentaje de trabajadoras y trabajado-

res migrantes. En este sentido, creo que no hubo avances en regulaciones que pudieran proteger mínimamente; hablamos de condiciones básicas de salud, por ejemplo, que las empresas entreguen en postas sanitarias los elementos básicos: alcohol, guantes, barbijos. Estamos hablando de elementos básicos, ni hablar de garantizar un seguro por accidentes de trabajo en la calle. Algo que también sucede con los cuidados en el marco de las plataformas, de los servicios de cuidado. También porque una agenda feminista sobre la discusión acerca de estas dinámicas de plataforma debería entrelazarse con la agenda de las compañeras migrantes.

Creo que la discusión sobre la regulación de estas plataformas tiene que retomar y recuperar todo lo que se señala desde los estudios de economía feminista —desde las apuestas de la economía feminista, en términos de estudios fiscales—: que el mayor problema es que esas empresas recaudan porque no pagan nada, evaden impuestos y se basan en el fraude laboral, básicamente. El hecho de que evaden, escapan y eluden toda forma de imposición tributaria, permite recuperar la discusión sobre justicia fiscal y feminista para pensar cuáles son las formas de regulación. Y, al mismo tiempo, es una discusión que no está desarticulada de lo que pasa en Argentina, en el medio de la pandemia, y que en otros países ya tuvieron: ¿a quién le cobramos impuestos? En esta discusión, los feminismos tenemos mucho para decir —sobre todo los feminismos anticapitalistas— sobre quiénes pagan impuestos. Que en Argentina se haya llamado impuesto *solidario* es problemático. Y pensemos todo lo que llevó la discusión del impuesto solidario por única vez, expandir esa discusión sobre quiénes pagan impuestos y cuánto se les cobra a esas empresas; muchas de ellas están ancladas en lo que se llama economía del conocimiento, o sea que ahí entra todo: los que diseñan videojuegos, los que venden en Mercado Libre.

Además, nosotrxs acá presentes, todos los días pagamos impuestos. Cada vez que vamos a comprar algo al súper de la esquina. Y esa tajada de la billetera es, justamente, una discusión en torno a quiénes pagan y quiénes no pagan, y la discusión sobre un sistema tributario totalmente regresivo como el que tenemos en Argentina. Entonces, creo que la agenda en términos de estas modalidades laborales es, primero, prender todos los faros de alerta sobre aquellas regulaciones que entraron escapando al tema laboral y entraron a regular tránsito, como la que se hizo en la ciudad de Buenos Aires, para correr el rol y la responsabilidad de empleadores y cargar con mayores imposiciones a las trabajadoras y trabajadores de plataformas. Y esto, al día de hoy, persiste, no se modificó. En la correlación de fuerzas, evidentemente, no se pudo avanzar y no hay una ley que regule a nivel federal la situación de estas plataformas. Entonces, creo que ahí tenemos un entramado de cuestiones a trabajar.

**Intervención del público:** Escuchándolas también me parece que, dentro de las agendas de las luchas que se han construido —no solo en clave feminista, sino también intercultural y desde las lógicas del plurinacionalismo—, tiene que ver con lo que pasa con la producción de alimentos. Creo que durante la pandemia no solo se vivenció la necesidad de pensar sobre el abastecimiento o la circulación de alimentos desde la mercantilización, desde toda la lógica de plataformas y *deliveries*, sino también pensar la producción. En la Argentina también coincide con que son circuitos —por lo menos en las dinámicas de producción de alimentos frescos— que tienen que ver con sectores que también se han feminizado y, al mismo tiempo, con fuerte presencia de la población boliviana, especialmente en la horticultura. Y yo me preguntaba —si pudieras hablar un poquito también, Adriana—, incluso con las lógicas que tienen que ver con los feminismos pensados desde los territorios rurales, qué aconteció con las lógicas de autoabastecimiento y construcciones de alternativas comunitarias en las propias producciones de alimentos y cómo ha permitido a muchas mujeres consolidar estrategias de sostenibilidad de la vida, pero al mismo tiempo combinarla con generación de ingresos, como decía Flora, a partir de la economía solidaria y popular que también ha tenido una expansión claramente feminizada. Son circuitos que se acrecentaron durante la pandemia y muchos están recostados sobre la pequeña producción agraria no solo en la Argentina, sino que entiendo también a nivel latinoamericano.

**Adriana Guzmán Arroyo:** Un poquito antes de eso yo quería comentar algo de lo que decía Flora, que tiene que ver con lo que acabas de mencionar. Esta regulación que se tendría que hacer del trabajo en plataformas, estas legislaciones, esta inclusión en la reactivación económica, ¿sobre los cuerpos de quién se va a sostener? Porque, claro, el sistema se recicla y entonces se puede regular la explotación en las plataformas, pero eso también tiene que ver con la profundización de los niveles de consumo, de estas lógicas individualistas de consumir todo lo que te pasa el Facebook, de ruptura de esta posibilidad de vida en comunidad y producir lo que comés, porque esto es insostenible. Podemos seguir regulando nuevas formas de trabajo y seguir regulando derechos que siempre van a estar precarizados, porque el sistema que administra el Estado sigue siendo un sistema patriarcal y capitalista que puede darte derechos mínimos, aquellos que no afecten a la acumulación de riqueza. Creo que hay que tener varios caminos de lucha en esta agenda feminista que mencionaba la Flora. Hay que exigirle al Estado, hay que regular todo lo que no está regulado para, de alguna forma, resistir a la explotación, o evitar que esta se profundice. Pero, por otro lado, hay que profundizar realmente unas alternativas

y propuestas feministas antipatriarcales, anticapitalistas. El anticapitalismo no pasa solo por la regulación. La regulación puede ser una forma de resistencia, pero el anticapitalismo y el antipatriarcado —y por eso hablamos de feminismo comunitario— es esta pregunta fundamental: ¿quién va a producir lo que comemos? Porque mientras sigan produciendo el área rural, el campo, los pueblos indígenas, las bolivianas migrantes, siguen reproduciéndose el patriarcado, el capitalismo, el colonialismo y el racismo; sigue siendo más valorado el trabajo intelectual, el trabajo urbano que el trabajo de la tierra. Nadie quiere hacer trabajo de la tierra. Incluso el ecofeminismo, que habla de la importancia de la naturaleza, pero ¿quién quiere irse realmente a trabajar la tierra al campo? Y esta es la discusión de fondo que hay que hacer si nos queremos posicionar frente a un sistema ¿es posible acabar con el patriarcado si vamos a seguir con estos niveles de consumo que profundizan las desigualdades, fundamentalmente, dentro de las ciudades? Eso es una cosa que yo creo que tiene que preguntarse el feminismo. No pasa solamente por incluir nuevos feminismos, o ecofeminismos, sino por realmente mirar nuestras posiciones antipatriarcales.

Yo diría que una de las certezas sobre la agenda en este 8 de marzo es que es insuficiente, que lo que hemos estado pensando hasta este momento es insuficiente. Ya ni eso alcanza, ni pedirle eso al Estado alcanza para seguir sobreviviendo en este mundo patriarcal. En Bolivia durante la pandemia, que ha sido pandemia con golpe, con persecución, con presas y presos políticos, a pesar de todo, nos ha servido para volver a discutir en comunidad. Las comunidades, ¿qué han hecho frente al COVID y frente al golpe, a los militares? Han cerrado la comunidad y han diversificado su producción. La comunidad de mi mamá, que produce sobre todo cebolla y papa, ha dicho: «bueno, ahora necesitamos zanahoria y toda la variedad, y entonces cada cual cría sus dos conejos y sus tres patos y podemos autoabastecernos y, mejor, no necesitamos salir para nada a la ciudad, ni pagar transporte, ni ir a gastar plata a la ciudad». También ha habido un cuestionamiento de la posibilidad de la vida en comunidad y la negación al consumo, la discusión sobre la ropa, realmente; además, porque a Bolivia llega mucha ropa, de segunda mano le dicen, pero es la ropa que mandan los gringos como parte de su colonialismo. Entonces, ha habido mucha discusión sobre esto, sobre el consumo innecesario que se tiene. Y sobre la posibilidad de producir lo que comemos, de consumir lo necesario, de tener nuestra medicina ancestral, tradicional, para enfrentar a la industria farmacéutica. A pesar de todos los estudios científicos y todo eso, cómo se entiende que en Bolivia los índices de mortalidad hayan sido menores que en otros territorios si estábamos viviendo con golpe y pandemia, ni siquiera había hospitales, ni pruebas, ni nada. La medicina ancestral, ade-

más, te plantea una posibilidad de autodeterminación frente a la industria farmacéutica y no solo frente al COVID, sino muchas otras enfermedades, muchos otros virus.

Esa ha sido la práctica: la autoorganización, cerrar la comunidad, intercambiar entre comunidades. Ya las comunidades han mandado camiones llenos de medicina, de plantas medicinales para enfrentar el COVID, para subir las defensas, para regalar. Camiones que llegan a la ciudad sin saber ni siquiera a quién va a llegar esa planta. Esa es una resistencia frente al capitalismo, porque yo ni sé a quién va a llegar, ni estoy discutiéndote a vos, feminista, que vives con privilegios en la ciudad, sino que estamos mandando lo que creemos que es posible y necesario a otros territorios. Entonces, creo que esas prácticas son necesarias de reflexionar en esta pospandemia, si es que realmente hay un pos, o si sigue siendo nomás la extensión del patriarcado; porque aquí, lo mismo: no te podían cortar la luz antes ni ahora; ¿cuándo ha terminado esto?, ¿por qué te pueden cortar la luz ahora, si ahora tampoco hay plata para pagarla, si no ha habido ninguna reactivación económica? Lo que ha habido es un estímulo a la economía capitalista: créditos a los empresarios, a los agroindustriales, a los monoprodutores. Y a pesar de eso, la comunidad sigue produciendo.

Respecto a tu pregunta, esta diversificación de productos ha hecho, por ejemplo, que se sostengan los precios, que las ciudades puedan seguir comiendo a pesar de que no hay trabajo en las ciudades. Si bien sirve, para nosotras ha sido una esperanza, porque, además, como decía, hemos recuperado el tiempo. El tiempo para discutir, el tiempo para tejer. Puede ser idealista para algunas personas, pero para nosotras es fundamental en la discusión, sobre todo en este territorio donde hablamos de descolonizar, de despatriarcalizar. No coincidimos con la reactivación económica que se está planteando ahora que se habla de la banca y de los grandes capitales y que no se habla de las pequeñas comunidades, o lo que llaman *pequeños productores* que, ni siquiera lo son, es producción para el autoconsumo. Y el autoconsumo es para nosotros parte de la dignidad que es la forma principal de resistir al sistema.

**Intervención del público:** Me quedaba pensando en algo que dijo Adriana al inicio que pone un poco en tensión esta noción de *trabajos de cuidados*. Hablás de trabajo impago y ponés el eje en la explotación, entonces me pregunto qué pasa con esa idea del cuidado, o cuáles son los sentidos que se disputan en esa palabra *cuidados*, cuando algunos feminismos consideramos el cuidado como una práctica política que es posible. Más que una pregunta, es algo que me quedo pensando, cómo pensar eso y en esto de las disputas de sentidos y de categorías y de las batallas de las

letras. Entonces, me generó ruido que cuando hablamos del trabajo doméstico sí lo podemos pensar en términos de un trabajo de explotación y un trabajo impago que recae sobre las mujeres, las lesbianas, las travestis, trans y personas no binarias, pero cuando pensamos en otro sentido el cuidado también puede ser algo que reivindicemos desde los feminismos y que lo pensemos como algo que es posible y necesario.

**Adriana Guzmán Arroyo:** Tal vez tiene que ver con el contexto, pero la preocupación, más que un cuestionamiento a la categoría, es que se encubra un poco lo que se quiere denunciar, que es la explotación. Y sobre todo en estos planteamientos en algunas teorías europeas del trabajo de los cuidados, de poner la vida en el centro. Ahí, por lo menos nosotras, sentimos que, claro, desde Europa es posible hablar del trabajo de los cuidados porque vos puedes pagar a una niñera, puedes pagar a alguien que limpie tu casa y esa que cuida tus wawas y que limpia tu casa es una mujer migrante. Entonces, nosotras no podemos hablar de eso, ni queremos hablar de eso. Nosotras sí queremos seguir criando, no creemos en esas formas de explotación. Entonces nos preocupan esas teorías europeas, no sé cuánta influencia habrán tenido en la Argentina. Pero cuando hablan de poner la vida al centro, obviamente están hablando de su vida, no están hablando de la vida de las que vivimos aquí en Abya Yala —incluidas las bolivianas, aymaras, las argentinas—, están hablando de la vida de las, los, lxs europexs con todos sus privilegios, que también se han podido sostener en esta pandemia porque no ha parado el extractivismo. ¿A quién beneficia el extractivismo si no es a las empresas transnacionales que vienen de Europa y que están financiadas con los capitales de los bancos europeos y norteamericanos? Esa es la preocupación, sobre todo, de hablar del trabajo del cuidado, que se borre quién lo hace. Porque incluso cuando hablamos de quienes trabajan en el área de salud, las enfermeras, las trabajadoras sociales, las maestras, también son trabajos de explotación. ¿Y quiénes estudian esas profesiones? Por lo menos en Bolivia, en este territorio, yo he estudiado educación y la mayor parte de las mujeres indígenas estudiamos educación o enfermería o trabajo social. Primero, porque es lo más accesible y segundo, porque queremos transformar nuestra realidad. Porque si no, tal vez seríamos abogadas y ganaríamos mucha plata, o médicas y nos dedicaríamos a sacar plata. Creo que lo importante es no invisibilizar la explotación y cómo eso contribuye al sistema y cómo hay desigualdades en estos trabajos del cuidado. Una cosa es hablar en Abya Yala y otra cosa es hablar en Europa.

**Intervención del público:** A mí me gustaría aportar dos cuestiones. Una, pensando en la territorialidad desde la que convocamos que tiene que ver

con lo que llamamos zona de sacrificio, principalmente la extracción de hidrocarburos de manera no convencional. Me parece importante recuperar esto del debate sobre la producción de la energía y cómo, por ejemplo, en un lugar donde se produce energía, en los barrios populares se paga a un precio muchísimo más elevado que el consumo corriente al que podemos acceder quienes tenemos acceso a gas por red. Entonces, cómo estos debates se vuelven fundamentales para los feminismos, que también están encarnados —como venimos diciendo— en otras luchas populares que trascienden lo estrictamente feminista. Eso me parecía que está bueno para seguir pensando consignas y política en relación al acceso a la energía. Después, sobre el debate de los cuidados que se planteaba y comentaba Adriana, lo que yo pensaba es —más allá de la categoría que le pongamos a la práctica de cuidar a otros o a la práctica de alimentar, de estar atentos emocionalmente a lo que a las otras personas les pasa y de hacernos cargo básicamente de eso— preguntar si ustedes ven que ahí hay una posibilidad de prefigurar otras relaciones. Y por último, me parecía interesante el debate con relación a la academia, que creo que muchas de las que estamos acá también somos activistas, militantes de diferentes movimientos, organizaciones y me parece que muchas veces nos encontramos con esta tensión entre nuestra pertenencia en un orden laboral y en nuestra militancia, entonces, ustedes —que producen intelectualmente y también vinculadas a las prácticas de resistencia— ¿cómo piensan que aporta la producción académica a las luchas sociales?

**Flora Partenio:** Creo que hay un punto al cual me gustaría volver y es que esas luchas segmentadas —que a veces nos llevan a pensar la justicia ambiental, la discusión en torno a los modelos extractivistas o, por otra parte, la discusión en torno a los derechos laborales— tienen un telón de fondo y es que es imposible darlas justamente por separado y, al mismo tiempo, una lucha ambiental separada de una mirada y una práctica feministas va a tener problemas porque segmenta las luchas. Y en el escenario en el cual estamos y un poco volviendo al punto de diagnóstico del cual yo partí, la profundización de las desigualdades es tal que por supuesto que no alcanza con regulaciones. En lo que insistí es en que durante la pandemia se expandieron formas de regular que profundizaron justamente el beneficio de estas empresas y ese beneficio al día de hoy no es cuestionado y que, si ahora vamos a una discusión sobre los paquetes de recuperación económica, va a volver a invisibilizarse y vamos a pasar a otras dimensiones de la discusión sobre qué áreas de la economía es necesario impulsar para salir de esta crisis, porque todavía estamos en la crisis y es profunda. Y la crisis —a la que le llaman la *crisis de los cuidados*— ya estaba antes de la pan-

demia; esto es una obviedad. El tema es que no hay salida de la crisis de los cuidados si solamente se piensa en repartos de tareas al interior del hogar, esto es súper claro, porque justamente las dinámicas de explotación son muy profundas. Entonces, frente a eso, sí es importante luchar por derechos y por eso para mí es gravísimo que en muchos países de América Latina la reforma laboral se imponga sin discusión, justamente porque la expansión de la precarización es tremenda y en diferentes sectores de la economía.

Después, con respecto al debate de los cuidados, voy a ir a una pregunta anterior que es, en las universidades públicas argentinas, cómo se dio la discusión sobre los cuidados en el marco de la pandemia. Y esa discusión —en torno a las licencias, en torno a la lucha por reconocer el derecho a cuidar siendo docente, siendo trabajadora no docente, siendo trabajadora que está en diferentes sectores dentro de la universidad— esa discusión yo no sé si se ganó, aunque algunos sindicatos la impulsaron y se impulsó esta idea de que se reconozca el derecho a cuidar, y esas compañeras que estaban teletrabajando en las condiciones que sean, por más que esto venía y en los sindicatos eran las mismas compañeras feministas las que venían impulsando esta discusión... En Argentina eso no se reconoció, porque si te daban la licencia por cuidado no había un puesto de trabajo que se recomponía en términos de una nueva contratación, justamente, para no recargar a otrx compañerx con esa licencia. Creo que ahí hay un debate sobre cuánto de estas discusiones sobre el cuidado permearon en las universidades públicas y qué perdimos en la pandemia en ese marco.

Y esto también tiene que ver con las formas de producción del conocimiento: en qué condiciones se produce el conocimiento, en qué condiciones las feministas seguimos interpelando a la universidad, que sigue siendo una institución patriarcal, porque al día de hoy las mujeres siguen siendo las que tienen los cargos contratados, las que tienen las categorías más bajas, la estructuración de los rectores a nivel federal no cambió, podemos contar con la mano cuántas compañeras llegan a ese lugar y cuando decimos *compañeras* nos referimos a que sean compañeras feministas que impulsen agendas que puedan transformar esas instituciones. Entonces, la pregunta sobre las condiciones en las cuales se produce conocimiento creo que también tiene que entrelazarse con lo que nos dejó esta pandemia en materia de condiciones laborales. Yo creo que a nivel docencia —en todos los niveles, pero particularmente en la universidad pública—, en Argentina salimos en peores condiciones a las que estábamos antes de la pandemia. Y yo no sé si la discusión sobre los cuidados llegó a permear en términos de: «sí, lo logramos, lo conseguimos, las licencias se cumplieron». Yo creo que el panorama es mucho más

complicado y que generó tensiones y conflictos que aún siguen latentes y que no se conquistaron. Detrás de esas discusiones se atan las que se dan dentro de la misma universidad en torno a la paridad, en torno a los presupuestos, en torno a las áreas y las direcciones de género. Creo que es muy interesante porque eso habla de cuánto de la agenda feminista está presente, profundiza e interpela. Y aquí recuerdo a Graciela Alonso cuando formó parte de lo que fue el primer protocolo en Comahue y decía: «esto sirve en tanto y en cuanto está presente, tiene presupuesto, hay un equipo técnico». Bueno, pensemos cuántos son los equipos técnicos que hoy por hoy a nivel federal están justamente actuando para prevenir o erradicar la violencia patriarcal dentro de las universidades. Y eso también tiene que ver con las formas de cuidado, nuestras prácticas de cuidado y las militancias que llevamos dentro de las universidades.

**Adriana Guzmán Arroyo:** Han sido varias preguntas, pero, sobre la primera parte, más allá de la categoría que se use, las categorías tienen esa posibilidad de ser herramientas de lucha y por eso hablar del *trabajo impago* para nosotras ha sido importante, lo hemos incluido en la constituyente. El año 2009 lo hemos incluido en la nueva constitución, que ya tiene once años. En esa constitución, la última del Estado plurinacional, hemos incluido esto de que el trabajo del hogar genera riqueza y debe ser contabilizado en las arcas del Estado. Queríamos que diga el trabajo de las mujeres en el hogar, pero han dicho que no solo las mujeres, bueno... Así se ha puesto, como trabajo del hogar, aunque en este territorio somos las mujeres las que principalmente hacemos ese trabajo. Pero una de las ideas de que se incluya en la constitución era no solo que se reconozca y se contabilice, sino que nos devuelvan ese trabajo. Eso fue el año 2009. El año 2015 presentamos un proyecto de ley para la jubilación universal, planteando que se contabilice ese trabajo del hogar y que se vuelva como jubilación universal para todas las mujeres. Porque las mujeres trabajadoras de la tierra, del movimiento campesino, de los pueblos indígenas, las mujeres trabajadoras por cuenta propia, las vendedoras, comerciantes no vamos a tener una jubilación. Las consultoras, no sé cómo será en la Argentina, pero en Bolivia la consultoría es una nueva forma de explotación de los Estados también, digo porque tienen ahí sin planta —como creo que llaman ustedes— sin un ítem, sin obra social, sin nada, renovando contratos, estas formas de explotación. Entonces, uno de los objetivos era ese: la jubilación universal, que se reconozca el trabajo del hogar para que exista una jubilación universal para las mujeres.

Tal vez por eso recuperar la categoría también; pero, más allá de eso, el trabajo de la crianza —como decimos nosotras—, las relaciones

de reciprocidad entre las personas, las personas pequeñas, las wawas, las niñas, las adultas, lxs adultxs, la naturaleza, son relaciones de reciprocidad para nosotras. Estas relaciones, llamadas de cuidado, son relaciones de reciprocidad y nosotras creemos que ahí, sobre todo, hay que convocar a esta crianza, a esta reciprocidad en comunidad porque la idea de maternidades, paternidades o de que el Estado cumpla un rol, rompe esta responsabilidad comunitaria, aunque hay cosas importantes que se han recuperado también en la pandemia, estos tiempos para hablar con las abuelas, con los abuelos, estos tiempos para criar, estos tiempos para recuperar saberes ancestrales, se ha recuperado medicina ancestral que ni conocíamos. ¿Quiénes han recogido, por ejemplo, las plantas de las montañas de los nevados más altos? Las abuelas, que saben dónde están, que saben qué plantas eran y que, además, las han recogido gratuitamente y las han traído nuevamente a la ciudad, plantas que habían desaparecido. Yo creo que esta es una de las cosas que también hay que discutir: la responsabilidad conjunta en este cuidado, crianza. Y eso me lleva a la otra pregunta, ¿el Estado, las instituciones realmente se van a hacer cargo? O sea, ¿realmente es posible hablar de una reactivación económica, que la proponga el Estado, que incluya las tareas de cuidado o este trabajo del hogar? ¿No es un autoatentado? Porque el Estado administra el sistema, nunca ha incluido a las tareas de cuidado, nunca ha sido su prioridad, no las reconoce y, aunque digamos que la deuda es con nosotras, el asunto es el dinero; bueno, entonces que nos devuelvan esa parte de la deuda en vez de pagársela al Fondo Monetario Internacional, que nos la pasen en jubilación, en salud o en lo que fuera. Entonces, yo creo que hay que exigirle, pero descreo de que realmente lo haga, porque sería eso, estaríamos hablando de Estados antipatriarcales que estén rompiendo con la acumulación de riqueza, que es posible porque hacemos ese trabajo gratuito, precarizado. Entonces, yo ahí creo que, por lo menos, hay que pensar cómo vamos planteando desde los feminismos, estas discusiones entre las instituciones.

En Argentina está el Ministerio de la Mujer, creo, en Bolivia tenemos el Viceministerio de Igualdad de Oportunidades, la Unidad de Despatriarcalización en el Viceministerio de Descolonización, y el Servicio Plurinacional de la Mujer y la Despatriarcalización, que es una entidad como un ministerio. Ninguno tiene un presupuesto suficiente, ninguno tiene un personal suficiente, ninguno ha puesto en discusión algo que lo considere el Ministerio de Economía, o que lo considere el Ministerio de Planificación, o que lo tome en cuenta el Ministerio de Economía Productiva y Desarrollo Plural. Son cosas aparte: ese es el ministerio al que nosotras vamos a protestar a la puerta y las cosas importantes se deciden en el Ministerio de Economía. Entonces, estas lógicas de los Estados, de

sectorializarnos, de que el trabajo del cuidado lo discutan las mujeres con la miseria de presupuesto que les vamos a dejar ahí. Bueno, son realidades, hay que seguir exigiéndolas, pero hay que pensar en las otras opciones también. En la academia no sé cuánto se ha producido sobre eso, no conozco bien el tema. La economía feminista seguro ha producido, pero hay una responsabilidad en ir produciendo propuestas frente a esto. Nosotras siempre nos hemos preguntado: si hay tantas tesis sobre el capitalismo, ¿no hay una tesis que haya planteado otro modelo económico? No es posible, tanta gente que estudia en la universidad y hace tesis, no habrán hecho otro modelo que podamos implementar. Creo que es también un cuestionamiento a la academia y al conocimiento que se produce.

**Flora Partenio:** Yo quería sumar algo con relación a lo que preguntaban en torno a pensar los cuidados también como práctica política y cómo eso también —se le llame o no cuidado, se le llame de otra manera— ha permitido construir otras experiencias que no solamente resisten, sino también están creando otras formas. Y ahí creo que en las ciudades —a diferencia de lo que decía Adriana, que mencionaba que recuperaron el tiempo, que hubo una recuperación del tiempo en las comunidades—, por lo menos en las ciudades que vivimos, no generalizo, el tiempo se dilapidó. Fue la combinación entre virtualidad y ni hablar de esta vuelta que se llama transición a la presencialidad: no hay arreglos de cuidados, no hay redes de cuidados que resistan lo que fue la vuelta a las escuelas, a los diferentes niveles: medio, primario, inicial, que sostenga la locura en la cual compañeras —que además trabajan como docentes o trabajan en empleos que también son precarios—, implicaban sostener ese arreglo cotidiano del regreso a la presencialidad, no lo hay. Aquí, en la ciudad de Buenos Aires, fue una locura sostener eso. No había ningún tipo de arreglo cotidiano que permitiera garantizarlo, porque fue justamente esta tensión en un escenario en el que la discusión en torno a la educación pública la arrancó y se la llevó la derecha, esto no hay que perderlo de vista. La discusión en torno a recuperar el regreso a la educación se lo arrebató la derecha más rancia en la Argentina. Esto me parece que es un punto que no tenemos que olvidarlo.

Aun así, en el marco de que no había arreglo de cuidado cotidiano que resista, los tiempos fueron muy difíciles. Está bueno esto que ella decía de las experiencias que se dieron en los territorios sobre recuperar el tiempo, en Argentina fue muy complejo. Aun en ese marco, a mí me tocó acompañar y trabajar e interactuar y convivir en una experiencia de formación que se dio en el marco de la pandemia, que creo que la posibilidad de virtualidad permitió que tantas compañeras puedan conectarse a una misma hora, en un mismo momento a partir de una colectiva del conur-

bano bonaerense que acompañaba a mujeres, personas trans y travestis en situación de violencia. Y esa red, esa colectiva de acompañamiento que se llama Tatagua, que nace en el Conurbano sur de Buenos Aires, que arranca justamente haciendo acompañamientos durante la pandemia, fue construyendo redes que implicaron la formación y también el conectar cómo acompañar, cuidar de una compañera y de sus hijxs en situación de violencia, no solamente es acompañarla en las cuestiones legales, administrativas, cuando se queda sin casa, lo que implica acá el tema de los refugios, sino también pensar en el trabajo y las discusiones en torno al trabajo y las posibilidades de autonomía en términos de pensar la situación de violencia. Y en esta experiencia que vivimos con estas compañeras de la colectiva Tatagua, que el laburo es absolutamente de ellas porque justamente ellas se plantearon: «queremos armar un proceso de formación, pensar el vínculo entre economía feminista y trabajo».

Una de las apuestas también fue construir ferias feministas, porque el espacio público también es patriarcal en el montar la feria, en sostener el puesto, en vender, en sostener la feria aún en un contexto de aislamiento y de confinamiento. Y en ese contexto que era muy difícil, contra viento y marea, sostuvieron una formación feminista que en un momento alcanzó, a nivel federal, a compañeras que estaban en diferentes provincias conectadas con la colectiva. Para mí fue maravilloso ver un sábado a las 9 de la mañana que estaban conectadas ciento veinte compañeras discutiendo sobre economía y por qué la economía que todos los días hacían tenía mucho que ver con el acompañamiento y el cuidado de esas personas. Creo que ahí hay una disputa, justamente, por ese cuidado en términos de práctica política y, también, el hecho de formarnos.

Y quiero compartir con Adriana, porque nosotras somos docentes de la universidad, somos docentes de una universidad pública y, al mismo tiempo, todas las horas que trabajamos dentro de la universidad interpelamos a esa misma institución que a veces nos cuesta mucha vida y mucha salud —porque no son escenarios para nada fáciles—, pero la posibilidad de transitar la universidad y que las compañeras de movimientos sociales, de organizaciones territoriales la transiten, y que la universidad se vea interpelada justamente en sus miradas racistas, heteronormativas y discriminatorias muchas veces, de cuáles son los saberes que importan, cuáles son aquellos saberes reconocidos y cuáles son los saberes menores, periféricos y laterales. Y creo que una de las grandes apuestas ha sido cómo desde las universidades comenzamos a discutir la economía popular, la economía social y solidaria, cuando las cátedras de economía, cuando los saberes de la economía ortodoxa hablan de una economía principal y todo lo que está en los bordes no existe, es secundario, o como muchos deci-

sores de políticas piensan que la economía social, solidaria y popular es el patio trasero de la economía. En esa discusión creo que también hay una apuesta por revertir, no solamente qué nos enseñan o qué aprendemos, sino cuáles son los saberes válidos y cuáles son los saberes reconocidos. Y creo que acá el feminismo ese que incomoda, el que interpela, ha logrado, de alguna manera, interpelar las currículas.

No sé si todas las batallas las venimos ganando, quiero rescatar que la de los cuidados en las universidades no sé si la ganamos, no quiero generalizar, pero lo dejo en el margen de la hoja. Sin embargo, el hecho de interpelar a quiénes se lee —que, por ejemplo, en los planes de estudio de las universidades argentinas se dé feminismo comunitario y que las compañeras lean— es fundamental, que lean justamente autoras que recorren Abya Yala. Bueno, eso para mí es una de las grandes interpelaciones. No sé si es una lucha ganada, creo que es un paso que permite en vez de leer Europa, leer compañeras del feminismo comunitario; en vez de leer Estados Unidos, leemos compañeras que están pensando desde México, desde Bolivia, desde Quito, desde Brasil. Esa creo que es una gran apuesta y eso también construye conocimiento, porque cada vez que la universidad nos dice: «extensión universitaria, vinculación territorial», nosotras respondemos: «investigación acción participativa». Cada vez que nos dicen: «publique de manera individual porque usted será categorizada», en Argentina se le llama el CONICET, pero en Bolivia y en otros países son los sistemas científicos tecnológicos, el índice bibliométrico que nos mide dice: «usted publique sola porque así es como el evaluador la va a puntuar», aquí publicamos colectivamente, rotamos los nombres, una aparece primero, después la otra y esto es una apuesta en términos de interpelar cómo hemos transitado la universidad.

Y, al mismo tiempo, en el barrio dicen *pararse de manos*, cuando algún docente con todas las charreteras, algún investigador académico de un alto puesto, tiene el tupé de decirte: «ah, pero ¿qué es eso de género!?, ¿qué estudios feministas?, ¿qué?» y te pone cara cuando vos presentaste un proyecto o lo que sea; y creo que, a veces, los proyectos son un poco el caballo de Troya, porque atrás del proyecto de extensión, de vinculación o de investigación hay un armado, una estrategia, una construcción política que teje movimientos, organizaciones, redes y que de alguna manera es algo de lo que hacía Graciela en Comahue con las compañeras en el contexto de Vaca Muerta y cuando analizó todo lo que fue la explotación de hidrocarburos y la resistencia de las comunidades mapuches. Entonces, creo que hay una apuesta ahí, no sé si la ganamos, Adriana, te quiero decir; la universidad es un escenario muy hostil y muy complejo, y a veces lo que pensamos como un avance —de: «ah, bueno, se crean áreas»— son

instituciones o direcciones o cuestiones que se crean, pero atrás hay que sostener con presupuesto, hay que sostener con proyectos.

Pero, al menos quienes todos los días damos clases en la universidad pública argentina, hemos hecho una apuesta por eso y creemos seriamente que no es tan fácil tirar el patriarcado en las universidades, pero todos los días nos volvemos una especie de tábano molesto, tenemos algo para decir o algo para discutir. Y eso también nos permite movernos y transitar diferentes escenarios que, a veces, no son los más elegidos, o los más cómodos, justamente son escenarios de mucha hostilidad. Pero no nos hemos movido y creo que cuando nos toca hablar frente a un consejo superior, cuando nos toca hablar frente a una asamblea universitaria o cuando los feminismos abren posibilidades y experiencias para estudiantes que están recién ingresando —y que, justamente, se ven en la encrucijada de dejar de estudiar porque tienen que cuidar o tienen obligaciones de cuidado tremendas— esta posibilidad de acompañar, de tejer esos lazos creo que es una oportunidad enorme. Y en eso estamos, pero no sé si son todo grandes conquistas, no lo pondría en ese escenario. Creo que son disputas y que esos conflictos también nos constituyen y también nos posicionan políticamente, y a veces perdemos —y perdemos en forma—, pero bueno, somos así, feministas de esta manera.

**Intervención del público:** Retomo una pregunta planteada en redes. Respecto de las políticas de cuidado en que el Estado está ausente, ¿cómo ven en Argentina el desplazamiento hacia los cuidados comunitarios y cómo las mujeres seguimos relevando al Estado también en esos espacios? ¿No es relevar a quien le corresponde responder por los derechos?

**Adriana Guzmán Arroyo:** En torno a esta última pregunta, o comentario, sobre si estamos haciendo el trabajo del Estado o no, esa es una discusión. Puede parecer una contradicción, pero yo creo que rompiendo esos binarismos o esas estructuras que nos han puesto de pensamientos, hay que tener muchas vías de lucha. Hay que exigirle al Estado que haga su trabajo, pero también hay que preguntarnos si nuestro proyecto final, nuestro proyecto político es un Estado feminista. ¿Es posible un Estado feminista?, ¿o un Estado de los pueblos indígenas? En Bolivia, y hablo desde la experiencia, hemos pensado en un Estado plurinacional, descolonizador; hay transformaciones importantes, pero no ha cambiado el sistema económico, sigue sostenido en el capitalismo y en el extractivismo. Y el extractivismo es incompatible con cualquier forma de cuidado y de responsabilidad con la vida. El extractivismo se sostiene en la muerte. Y eso es lo que están administrando hoy los Estados, en el Abya Yala ¿qué más van a administrar?,

todos los Estados están administrando el saqueo de nuestros recursos. Es de ahí de donde proviene el dinero de los Estados. Entonces, no digo que haya que dejar de exigirle al Estado, sino que creo que hay que pensar en estos otros proyectos políticos de vida, de mundo, que para nosotras es la comunidad, para nosotras el cuidado es en comunidad. Nosotras sí queremos criar, nosotras sí queremos criar a las wawas, las hayamos parido o no, seamos lesbianas, no heterosexuales o como fuera. Sí creemos en la responsabilidad de la vida. Y, además, sabemos que la única forma de que se mantenga la memoria de nuestros pueblos y la sabiduría ancestral es cuando criamos a las wawas, cuando ese conocimiento se comparte, se circula. Esas cosas sí queremos defenderlas, la crianza en comunidad, la responsabilidad con la vida. El Estado tiene que hacer su trabajo, tiene que rendir cuentas, tiene que cumplir sus políticas públicas, pero nosotras queremos seguir defendiendo esta responsabilidad con la vida basada en la autonomía, en la autodeterminación y en el autogobierno, que al final será el fin del Estado y, ojalá, la caída del patriarcado. Muchas gracias, hermanas, por el espacio. Gracias, Flora.

**Flora Partenio:** Gracias, Adri. Cerraste ahí arriba. Yo ¿qué puedo decir después de lo que has dicho?! Es una especie de broche. También agradecer a las compañeras de la Patagonia que, además, las amo y hace un montón que no voy a Neuquén, así que extrañarlas muchísimo y ojalá que con Adriana podamos estar por allá para una ronda de diálogo y, además, también compartir con las diferentes experiencias de redes de cuidado de allá donde los tiempos también transitan diferente, muy diferente, a lo que es acá, en Buenos Aires. Creo, personal y políticamente, que este es un momento clave en Argentina, porque la misma pregunta que hizo Adriana sobre qué proyecto político tiene el feminismo, cuáles son los proyectos políticos que entran justamente en discusión, en este momento en Argentina, creo, que es una pregunta clave: cuál es el proyecto político que estamos construyendo desde los feminismos, llamados *populares*, los feminismos que se entrelazan con los feminismos de Abya Yala, los feminismos anticapitalistas, antiextractivistas. Y creo que es central porque estamos discutiendo las condiciones de lo que algunos llaman *recuperación económica*. Insisto con esto: esa recuperación económica no siempre nos incluye, no siempre va a tener los puntos de la agenda que estamos discutiendo en nuestras organizaciones y en nuestros movimientos. Y, además, porque creo que nos encontramos en una fase que implica un camino hacia la profundización de dinámicas extractivistas. La última vez que estuve en Neuquén fue un día antes de las elecciones presidenciales de octubre de 2019 y en la Universidad Nacional del Comahue había dejado una pre-

gunta junto a una ronda enorme de compañeras que participaron en la gira del libro *Sostenibilidad de la vida*; dije en ese momento: «frente al discurso de cualquiera de los candidatos que está hoy postulado para las elecciones presidenciales, nos merecemos discutir si Vaca Muerta es la salida que tiene Argentina». Y hoy todas las fichas están puestas de nuevo en Vaca Muerta y en otras variantes de lo que se llama capitalismo verde —que sabemos que no es la solución—. ¿Cómo es la discusión del hidrógeno verde?, ¿cómo es la discusión de las energías renovables?, que no siempre son renovables porque arrasan territorios, como lo ha demostrado la resistencia de las compañeras en México frente a los parques eólicos, comunidades campesinas que resisten hoy frente a la extensión de empresas francesas de parques eólicos. Entonces, esa discusión es una discusión feminista y creo que es una disputa grande saber si las preguntas que nosotras construyamos en las calles y en las movilizaciones atraviesan realmente lo que va a ser la discusión sobre la «recuperación económica». Por último, como lesbianas feministas, cerrar también mis palabras con esta red de cuidado y esta politización muy fuerte en torno a lo que implica interpelar la justicia patriarcal y es que todas seguimos pidiendo la absolución de Higuaí, atacada por ser lesbiana, y estaremos desde los lugares que podamos, desde puntos del país y fuera de Argentina acompañando el juicio. Y esto es fundamental porque esa causa, que quiere ser ejemplificadora con Higuaí, muestra la vida y las violencias que tantas lesbianas y personas trans, travestis y no binarixs están atravesando en toda Abya Yala y que lo hemos visto más que nada en la pandemia, cómo se recrudeció. Absolución para Higuaí y gracias por la invitación, compas.

**Coordinadoras:** Muchas gracias a ustedes por participar, compartirnos sus ideas y dejarnos pensando. También recordar y valorar tanto a Graciela. Todo el debate con relación al movimiento, a cómo seguir, a cómo construir es también lo que nutre nuestras vivencias y nuestras experiencias como investigadoras y activistas en diferentes frentes. Sus interpelaciones nos resultan muy actuales, tanto para Bolivia como para la Argentina, donde se están dirimiendo cuestiones que profundizan las múltiples crisis y las lógicas racistas, coloniales y clasistas, recayendo especialmente sobre las mujeres, lesbianas, travestis, trans y no binaries.



## Referencias bibliográficas

- Pérez Orozco, A. (2022, 14 de abril). ¿Cuidados? Una palabra en disputa política. *Capire*.  
<https://capiremov.org/es/analisis/cuidados-una-palabra-en-disputa-politica/>
- Rodríguez Enriquez, C., y Marzonetto, G. (2016, enero-junio). Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Perspectivas de Políticas Públicas*, 4(8), pp.103-134. <https://doi.org/10.18294/rppp.2015.949>



## Información de lxs autorxs

### **Adriana Guzmán Arroyo**

Es aymara y lesbiana. Integra la organización Feminismo Comunitario Antipatriarcal, en Bolivia, y también es parte de Feministas de Abya Yala. Es educadora popular. Ha producido reflexiones sobre el patriarcado como sistema de todas las opresiones —en vinculación con el colonialismo, el racismo y el capitalismo— y su impacto en los cuerpos de las mujeres. También ha analizado críticamente la elaboración de la Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia.

### **Flora Partenio**

Es lesbiana y feminista. Es docente de la carrera de Relaciones de Trabajo e investigadora del Programa de Estudios de Género en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y co-coordinadora de la Escuela de Economía Feminista de la Red DAWN. En sus investigaciones indaga sobre el lugar de las mujeres, el colectivo LGTBQ+ y las relaciones de género en múltiples entornos: fábricas recuperadas, organizaciones sociales y el sistema científico tecnológico, entre otras. Sus reflexiones sobre economía feminista aportan interrogantes en relación con modos de producción y circulación más justos.

## **Guillermina Peralta**

Es socióloga. Becaria doctoral de CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS). Es integrante del proyecto de investigación «Conflictividad social, Estado y Praxis en la neoliberalización de la sociedad. Un análisis desde el Alto Valle de Río Negro». Investiga sobre movimiento feminista, de mujeres y disidencias sexo-sexuales. Es docente de la Universidad Nacional del Comahue (UNCO) y militante de la Corriente Social y Política Marabunta.

## **Julia Burton**

Es socióloga feminista. Doctora en Sociología e investigadora asistente en CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS). Investiga sobre el movimiento feminista en la Argentina desde perspectivas no metropolitanas y, en particular, sobre el movimiento por el derecho al aborto. Sus trabajos destacan la importancia que tienen las dimensiones culturales y afectivas del activismo en la acción política. Es activista en la Colectiva feminista La Revuelta.



*Feminismos y desigualdades: Los impactos del covid-19 en las tareas de cuidado* se compuso con las diferentes variables de las familias tipográficas Signika, diseñada por Anna Giedryś, y Reforma, diseñada por Alejandro Lo Celso y PampaType para la Universidad Nacional de Córdoba.

Se terminó de editar en octubre de 2025 en la ciudad de Neuquén, Patagonia argentina.



La economía feminista ha demostrado la importancia de las tareas de cuidados en la reproducción de la vida y del sistema capitalista. Se trata de trabajos invisibilizados, que se realizan de manera gratuita o precaria y que, históricamente, han estado en manos de las mujeres. Cuidar implica cocinar, lavar o atender a una bebé o a una anciana, pero no solo eso: cuidar también puede ser cultivar, recolectar leña, limpiar un río, arreglar una casa; «los cuidados no se reducen a las tareas típicas de las amas de casa blancas, urbanas y de clase media. Son todo lo que necesitamos para que la vida funcione y no nos lo da el mercado ni el Estado. Son los trabajos imprescindibles para la continuidad de la red de la vida que se hacen más acá del mercado, más cerca de la vida», como dice Amaia Pérez Orozco.

La pandemia por COVID-19 nos mostró la esencialidad que tienen las tareas de cuidados en el sostenimiento de la vida cotidiana. La suspensión de actividades productivas con el objetivo de cuidar la salud agudizó el deterioro de las condiciones de vida de la población y redujo de manera importante los ingresos de la mayoría de los hogares. También profundizó las desigualdades de género asociadas con los trabajos de cuidados.

En este libro, las reflexiones de Flora Partenio y Adriana Guzmán Arroyo brindan herramientas para debatir desde una mirada latinoamericana e invitan a reflexionar sobre el rol que, durante la pandemia, tuvieron las plataformas digitales para mantener el ingreso; los impactos en la precarización laboral de las trabajadoras domésticas; la imposición del *home office* en las condiciones laborales; la explotación laboral que, para las mujeres, significa hacerse cargo de los cuidados, entre otros temas.

ISBN 978-931-01153-7-6



9 786319 115376

CONICET



I P E H C S

TOPOS.

Editorial del IPEHCS